

por orden del rey José, llevaba varios meses dedicado inútilmente a la persecución de los Escuadrones del Médico.

En su camino, los Numantinos supieron por un campesino abulense que el general francés gobernador de Avila acababa de hacer ahorcar a dos guerrilleros españoles que había hecho prisioneros con las armas en la mano. La indignación de los Franco Numantinos ante esta noticia fué grande, porque estando ya reconocidos como cuerpo franco, según las leyes de guerra, se les consideraba como fuerza combatiente cooperadora del ejército regular, aunque sin pertenecer a éste, y por tanto tenían derecho al trato de beligerante oficialmente. Costó mucho trabajo a D. Juan Palarea evitar que ejecutaran a Lejeune en aquel mismo momento. Parecía haber desaparecido el peligro cuando poco más adelante, un aviso semejante reavivó el furor de los Numantinos, lo cual obligó al Médico a ceder a sus justas exigencias. Pronto se hicieron los preparativos para ahorcar al coronel francés en un huerto cercano. Las condiciones de una guerra cruel impuesta por el vencedor obligaba a mantener iguales represalias por parte del vencido con objeto de hacer cesar tales medidas. Palarea no podía obligar a sus soldados a dejar de vengarse de los asesinatos cometidos en Avila. Poco amigo de la crueldad, por su temperamento y formación, ante las exigencias de sus indignados guerrilleros, el teniente coronel Palarea tuvo que doblegarse a las circunstancias. Y no era sólo en este instante. Muchos historiadores franceses refieren que, en el Pardo o Zarzuela, en Aravaca o en la Real Casa de Campo, cuando no en las mismas avenidas que conducían a Madrid amanecían colgados dos o tres franceses en compensadora venganza de la muerte en mala forma de algún guerrillero. El mismo José Bonaparte, aunque dándole otro sentido totalmente distinto, nos dice en sus Memorias «Les Français ne pouvaient se montrer dans les promenades extérieures de la villa de Madrid, sans courir le danger d'être enlevés».

La orden de ejecución había sido dada por Palarea y el coronel Lejeune recurrió a una última instancia para salvar su vida, prometiendo intervenir cerca del Emperador para acabar con estas recíprocas atrocidades. Reconoce el edecán de Berthier los buenos propósitos del guerrillero para salvarle la vida pero sin que encontrara medio alguno para lograrlo. Sin embargo, cuando llegó el momento temido, que Lejeune describe dramáticamente, se oyeron cinco o seis disparos de fusil a lo lejos, lo que evitó la ejecución, por la rápida partida de los guerrilleros montados en sus caballos hacia el lugar donde se habían oído aquellos

